

Past, present, hegemony

Abstract

Desde una perspectiva de análisis que conjuga la teoría política con la historia intelectual, el artículo expone el derrotero de la experiencia gramsciana en Argentina, atendiendo especialmente el modo en que la teoría política de Antonio Gramsci fue recibida e interpretada en la revista «Pasado y Presente», en sus dos etapas (1963-1965 y 1973). Asumida la revista como espacio de intervención política y cultural, el escrito reconstruye cómo en ella influyó el legado teórico gramsciano, con especial énfasis en las reflexiones que sus principales exponentes, José Aricó y Juan Carlos Portantiero, realizaron del concepto de hegemonía.

Starting from an analytical perspective combining political theory and intellectual history, the present contribution outlines the Gramscian experience in Latin America, devoting particular attention to the two-stage (1963-65 and 1973) reception and interpretation of Gramscian political theory by the review *Pasado y Presente*. Taking the review as a space for political and cultural intervention, the essay reconstructs the influence it had on the legacy of Gramscian theory, with special regard to the reflections on the concept of hegemony proposed by the two people, José Aricó and Juan Antonio Portantiero, with whom the review is most associated.

Keywords

Aricó José, Communism, Hegemony, Past and Present, Portantiero Juan Carlos.

Pasado, presente, hegemonía

Cecilia Pato

1. La hegemonía en debate

Es posible plantear que antes de 1948 no existía un conocimiento real de los escritos de Antonio Gramsci a nivel internacional. Sin embargo, según Liguori (2006, 2012) el debate sobre hegemonía comienza después de 1956 cuando la obra de Gramsci empieza a ser vista como lugar de reflexión y profundización de las cuestiones políticas al interior del movimiento obrero internacional. Después de 1975 la reflexión sobre hegemonía tuvo un decisivo salto de calidad y adquirió un lugar central en el instrumento teórico de *Quaderni*.

En este contexto, Perry Anderson publicó en el número 100 de «New Left Review» *The Antinomies of Antonio Gramsci*. Fue uno de los textos más resonantes y debatidos de la década, entre otros aspectos porque Anderson formuló una crítica a Gramsci por una serie de «incoherencias» lingüísticas y conceptuales, vinculadas al núcleo conceptual sociedad civil-sociedad política-Estado, hegemonía y coerción. La lectura de Anderson, además de haberse demostrado filológicamente errada, a través del estudio de Gianni Francioni (1984), expuso una mirada según la cual el concepto de hegemonía en Gramsci sufre una «metamorfosis en tres etapas». En este sentido, es posible afirmar con Liguori que «no haber considerado la estructura diacrónica de los *Quaderni* impidió al historiador inglés comprender el pensamiento gramsciano, el avance de sus elaboraciones haciéndolo caer en una errada convicción de la íntima contradictoriedad del estatuto teórico de las elaboraciones de la cárcel» (Liguori 2006, p. 146).

Antinomias de Gramsci – título con el que se tradujo por primera vez en 1981 al español – influyó con fuerza toda la difusión del pensamiento gramsciano y provocó debates y lecturas erradas de Gramsci en los países donde la izquierda no encontraba respuestas sobre el modo de desarrollar un movimiento de masas. Fue en el

marco de estas reflexiones, pero sobre todo el impulso de la cultura italiana en Argentina, lo que condujo a los principales teóricos del marxismo latinoamericano a pensar con el prisma de Gramsci y a reflexionar especialmente sobre el concepto de hegemonía.

Los antecedentes expuestos más arriba permiten justificar el propósito de este escrito: identificar los nudos históricos y conceptuales de la recepción de Antonio Gramsci en la revista «Pasado y Presente» en sus dos épocas (1963-1965 y 1973) y especialmente el modo en que el concepto de hegemonía gravitó en los principales exponentes de la revista, José Aricó y Juan Carlos Portantiero. En esa dirección, en las páginas que siguen se realiza una breve reconstrucción de los pasos de la obra de Gramsci en Argentina en la década del sesenta, para luego recuperar las lecturas que, con el prisma de Gramsci, se realizaron entre los años setenta y ochenta en los escritos de Aricó y Portantiero.

2. Las primeras señas de Gramsci en Argentina

Fue en 1947, tres años antes que la Editorial Lautaro publicara en 1950, por primera vez en lengua no italiana la edición realizada por Palmiro Togliatti de *Cartas de la cárcel*, el reconocido escritor Ernesto Sábato brindaba las primeras noticias sobre el epistolario gramsciano en la revista «Realidad» y desde fuera de la cultura comunista local¹. En 1947, las *Cartas* habían ganado el *Premio Viareggio* – que desde 1929 se entrega en la ciudad homónima de Italia – y en el número seis de la revista «Realidad»(noviembre/diciembre de 1947) Sábato escribía un comentario sobre la publicación de la colección de *Cartas de la cárcel*, convirtiéndose en la primera referencia relevante de la trayectoria de Gramsci en territorio argentino:

¹ «Realidad», titulada «Revista de ideas», fue publicada entre 1947 y 1949 por un grupo de intelectuales dirigidos por Francisco Romero. Con columnistas como Renato Treves y Norberto Bobbio, traía frecuentes crónicas de la vida intelectual europea. «La revista constituyó una referencia obligada para la intelectualidad de la época; publicó dieciocho números» (Aricó 2005, p. 192).

El que lea esta colección de cartas familiares se maravillará y se emocionará ciertamente por el coraje y el temple de este hombre físicamente débil, pero más se sorprenderá de su carencia de odio, de su imparcialidad, de su invariable sentido crítico, de su amplitud filosófica, de su falta de sectarismo (Sábato 1947, p. 410).

Según José Aricó el de Sábato es probablemente el primer comentario en lengua española dedicado a rescatar la figura de Gramsci como «pensador y hombre de ideales» (Aricó 2005, p. 191). Sin embargo, el hecho más relevante de la época en torno a la difusión gramsciana fue la publicación, en 1950, de *Cartas desde la cárcel* por Editorial Lautaro. En una mirada de la recepción de Gramsci en América Latina, Aricó plantea que la difusión de Gramsci se debe situar, precisamente «desde la publicación de las *Cartas de la cárcel* en Buenos Aires (1950) hasta el Seminario de Morelia (México, 1980) sobre *Hegemonías y alternativas políticas en América Latina*» (Aricó 2005, p. 48). Continúa Aricó:

Pienso que ambas fechas son emblemáticas porque ilustran el itinerario recorrido por el pensamiento de Gramsci en una doble perspectiva geográfica y cultural. Reivindicado como propio por un sector de los comunistas argentinos, al cabo de treinta años se convierte en punto de referencia de un conjunto de científicos sociales y de dirigentes políticos de izquierda, que reunidos en Morelia, acuerdan sobre la actualidad y pertinencia de las categorías estratégicas gramscianas para el análisis de las condiciones de cambio de las sociedades americanas (Aricó 2005, p. 48).

A mediados del siglo XX, el clima cultural argentino, transformado por el ascenso del peronismo y el comienzo de la Guerra Fría, atravesaba por un difundido sentimiento anticomunista en la sociedad, lo que de algún modo justificaba el escaso efecto de la difusión de las *Cartas*.

Más tarde, el nacimiento de «Pasado y Presente» en 1963 estuvo signado por un movimiento amplio de emergencia de nuevas promociones de intelectuales en el marco de un auge sin precedentes de la cultura marxista en Argentina, que se convirtió en un eje central

de la modernización cultural de todo el período abierto en 1955 a partir de la caída de Perón².

Como señala Adriana Petra,

Aunque no se trató de un movimiento de contornos definidos, la cultura marxista italiana, incluyendo en ella al cine y la literatura neorrealista, fue apropiada por ciertos sectores juveniles del Partido Comunista Argentino (PCA) como una vía de modernización e inclusión de nuevos repertorios estéticos y teóricos en los debates partidarios (Petra 2010, p. 3).

El comunismo argentino en la década del cincuenta ya no contaba con la base obrera que había logrado captar antes de la llegada de Juan D. Perón a la presidencia argentina. El peronismo se convirtió en un fenómeno de masas y popular y en los años sucesivos le resultaría imposible al Partido Comunista Argentino (PCA) recuperar la identidad y el arraigo de masas que contaba antes de 1944. Desde entonces, se inauguró un debate político – que luego sería también teórico e ideológico – entre la cultura de izquierda y la cultura peronista, sustentado en el análisis de la realidad argentina. Con matices, el PCA permaneció atado a una caracterización en clave antifascista de la experiencia peronista que se tradujo en la defensa de valores progresistas y democráticos de la tradición liberal. Fue en este marco cuando algunos destacados intelectuales comunistas, entre los que se encontraba Héctor Agosti, iniciaron un proceso de reflexión en torno a la herencia cultural argentina, buscando desvincularse de las interpretaciones liberales de la historiografía y encontrar un modo, crítico, para comprender la realidad nacional.

En esa pretensión, Agosti realizó la primer apelación a las categorías gramscianas dentro del comunismo argentino. En su libro *Echeverría* (1951) Agosti estableció una compleja operación político-historiográfica utilizando como estructura teórica el modelo de análisis empleado por Gramsci para el estudio del *Risorgimento*. Así, la

² El 16 de septiembre de 1955 se produce la sublevación autodenominada “Revolución Libertadora”, movimiento revolucionario encabezado por el general Eduardo Lonardi, que derrocó al gobierno constitucional del general Juan Domingo Perón. El 13 de noviembre de 1955, Lonardi sería reemplazado por el general Pedro Eugenio Aramburu.

explicación de Gramsci para el problema italiano le permitió a Agosti dar cuenta de la «crisis cultural argentina» como el resultado de un doble condicionamiento. Por un lado, en el plano material, se trataba de la persistencia de una formación cultural anómala producto de las rémoras feudales y las presiones imperialistas; en el orden ideológico, del divorcio entre el pueblo y las minorías intelectuales.

En febrero de 1953, en el número 9-10, la revista «Cuadernos de Cultura» publicó *El antifascismo de Antonio Gramsci*, una conferencia que Palmiro Togliatti, principal dirigente comunista italiano de la época, había pronunciado el 23 de marzo de 1952 en la Sociedad de Cultura de Bari, Italia, en la que definió a Gramsci como «ideólogo del antifascismo»³. La preocupación del dirigente italiano planteaba la necesidad de superar la adjetivación sobre el fascismo para lograr una mejor caracterización del fenómeno, desde un planteo metodológico y político de relevancia, que los jóvenes comunistas ligados a Agosti, tomaron. El llamado de Togliatti estaba orientado a hacer frente a la práctica, habitual entre intelectuales, de calificar de fascista a la tradición idealista, y señalaba, a su vez, la complejidad de la relación dialéctica entre materialismo-idealismo para evitar el reduccionismo al que lo había sometido Nicolai Bujarin.

Según Agosti (1953) esto enfatizaba el contraste entre el enfoque liberal de Benedetto Croce y la posición de Gramsci. Mientras que el

³ Puede considerarse a los «Cuadernos de Cultura» como la principal publicación cultural del Partido Comunista. Cabe distinguir en los «Cuadernos» varias épocas: sus comienzos se remontan a 1942, entre noviembre de ese año y junio de 1943 se editan ocho números, bajo el título de «Cuadernos de Cultura Anteio»; su segunda época se desarrolla entre enero y septiembre de 1947, con la publicación de nueve números; su tercera época comienza en agosto de 1950 y se prolonga durante ochenta y cuatro números hasta marzo de 1967 (hasta el número seis la revista tendrá por título «Cuadernos de Cultura democrática y popular», a partir de ahí se dará a conocer simplemente como «Cuadernos de Cultura»); en una cuarta época se publicarán cuarenta y ocho números entre septiembre/octubre de 1967 y enero/febrero de 1976, dejando de aparecer con el golpe militar. Aquí, lógicamente, se atienden a ciertas publicaciones de la tercera época, más específicamente a los números aparecidos en la década del '50. En tanto publicación oficial del PC, se inscribió en la línea de un marxismo ortodoxo y poco flexible, respetuoso de las decisiones provenientes del Comité Central del Partido Comunista Soviético: un riguroso materialismo dialéctico (diamat) y, en cuestiones estéticas, un estricto “realismo socialista”, conocido como zhdanovismo. Por último, Agosti asume la dirección de los «Cuadernos de Cultura» en 1952, a partir del n. 6 de la tercera época, previamente la revista era dirigida por Roberto Salama e Isidoro Flaumbaum, quienes respondían políticamente a R. Ghioldi.

abordaje gramsciano se proponía buscar, en los intersticios de la historia italiana, las premisas para el hundimiento de su sociedad en la experiencia fascista, para Croce el fascismo era

una peste intelectual y moral no ya de clase sino sentimental, de imaginación y de voluntad genéricamente humana [...] un movimiento audaz, carente de toda fe, de todo sistema positivo de ideas, pero que renegaba de todo el pasado, se rehusaba a dar justificación de su apoderamiento de los poderes del Estado” (Togliatti 1953, p. 49).

Fue de enorme relevancia el significado político que tuvieron esas publicaciones en el ámbito de la revista oficial del PCA, «Cuadernos de Cultura», especialmente en la generación de jóvenes intelectuales que empezaban a explorar su propia modalidad de intervención crítica en la realidad nacional. En torno al alcance que la Conferencia de Togliatti tuvo en la generación de los intelectuales comunistas, en un artículo de la revista «Punto de Vista» titulado *Los gramscianos argentinos*, de mediados de la década del ochenta señaló Aricó:

Fue tal vez el primer texto de largo aliento que nos permitió disponer de una reconstrucción precisa de las posiciones ideales y políticas del revolucionario italiano en el período en el período anterior a su arresto. La *Noticia* introductoria con la que Agosti la presentó tenía el mérito de ofrecer una información suplementaria para conocer el escenario histórico de las grandes luchas sociales en la Italia de la primera posguerra, que concluyeron con la derrota obrera, el derrumbe del Estado liberal y el ascenso del fascismo. Pero además – y esto es lo que interesa ahora recalcar – proyectaba una orientación de lectura de los textos de Gramsci que constituyó para nosotros casi una palabra de orden (Aricó 1987, p. 3).

En las *Noticias sobre Gramsci* (1953) – que Aricó menciona en la cita precedente – Agosti esbozó una primera biografía política de Gramsci que permitía poner en contexto de forma más precisa su trayectoria y planteó una tesis a la que volvería en sus escritos posteriores:

Sus notas de la cárcel [...] están siempre movidas por esa preocupación fundamental de destacar el papel histórico de los intelectuales en la formación de la sociedad italiana. Las meditaciones de Gramsci a este respecto – que se encuentran en *Gli intellettuali e l'organizzazione della cultura*, en *Il materialismo storico e la filosofia di Benedetto Croce*, en *Letteratura e vita nazionale*, etc. – constituyen un aporte

primordial para una elaboración de la teoría marxista de la cultura, y asumen un singular interés para los argentinos por la similitud de algunos problemas de la formación nacional de la cultura y de sus comunes fuentes liberales (Agosti 1953, p. 40).

Aunque Agosti relacionó el texto de Togliatti con una traducción de fascismo por peronismo, el encuentro con la perspectiva gramsciana sin dudas servía de base para una explicación no liberal de la experiencia peronista. Al respecto escribió Aricó:

A comienzos de 1953 tradujimos el antifascismo de Gramsci en clave definitivamente antiperonista, pero manteniendo, no obstante, una distancia crítica, respecto de la posición liberal [...]. La profunda diferencia metodológica que distinguía a Gramsci de Croce en la consideración del fenómeno fascista nos ayudó de algún modo a evitar la pura y simple identificación del peronismo con dicho fenómeno, que es el error de analogía en que terminaron entrampados los opositores al gobierno de Perón (Aricó 1988, p. 50).

Por tanto, del mismo modo que Gramsci procuró identificar en la historia de Italia los trazos que habían conducido al frente fascista, igual tarea debían proponerse los comunistas argentinos, escapando a una lógica que los colocaba «objetivamente junto a esas mismas fuerzas de conservación que rehusaban admitir la necesidad de un cambio radical del orden económico-social» (Aricó 1988, p. 51).

Cabe resaltar que en la cultura de los comunistas argentino bajo el clima político de posguerra Gramsci era asociado a la imagen de un mártir revolucionario, ejemplo de vida y de moral. Y fue esa la matriz de difusión de la obra gramsciana que se propuso el PCA desde comienzos de los años cincuenta. Desde una exaltación su pertenencia al “marxismo-leninismo”, se presentaba su figura ética en consonancia con la literatura heroica de la gesta soviética. En este contexto, el PCA realizó, a través de su editorial Lautaro, la primera publicación en América Latina de los *Cuadernos de la cárcel*, a partir de la edición italiana organizada por Palmiro Togliatti en seis libros. Los cuatro títulos que Lautaro editó entre 1958 y 1961 fueron *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, con traducción de Isidoro Flaumbaum y prólogo de Agosti; en 1960 *Los intelectuales y la organización de la cultura*, traducido por Raúl Sciarreta; en 1961, *Literatura y vida nacional*,

traducido por José Aricó, con prólogo de Agosti; y en 1962, las *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, con traducción, prólogo y notas de José Aricó⁴.

Resumiendo, la formación de la “nueva izquierda” argentina estuvo relacionada con procesos asociados a dos corrientes políticas, sociales e ideológicas de la segunda mitad del siglo XX: el peronismo y las variadas vertientes de izquierda marxista (comunista, socialista, trotskista, etc.). En la tensión entre izquierda y peronismo, la relación entre marxismo y cultura moderna fue el centro desde el cual se operaron nuevas búsquedas teóricas y disciplinares a comienzo de la década del sesenta, en la tentativa de encontrar caminos para una relación novedosa entre esas dos vertientes. Según Horacio Tarcus (1999) es posible hablar de un «corpus marxista» en el que habitaron varios Marx y varios marxismos: desde el Marx de los comunistas hasta el Marx estructural, pasando por el humanista, el nacionalista, el sartreano y el gramsciano, este último ligado a la experiencia de *Pasado y Presente*.

3. “Pasado y Presente”: Albergue del ideario gramsciano

«Pasado y Presente» nació al calor de aquella disputa teórica que echaba luz sobre algunos principios fundantes de nuevas experiencias y modos de comprender la batalla político-cultural, cada vez más alejados de las nociones clásicas y ortodoxas del marxismo leninismo. Portadora del pensamiento de Gramsci en Argentina, con inesperada capacidad de espíritu crítico y calidad teórica, rápidamente se convirtió en la referencia política de la izquierda en gestación. Y como se explicará, la revista sufrió como corolario no sólo la expulsión

⁴ En 1966 la editorial Lautaro se disuelve y vende los derechos a la Editorial Nueva Visión. En la mitad de los años '70, la Editorial mexicana Juan Pablos Editor comienza una reedición completa de los *Quaderni del carcere* a partir de la traducción argentina y completa los dos volúmenes restantes, siguiendo la edición en seis libros de la Editorial Einaudi. En 1977 fue publicado *Pasado y Presente*, con traducción de Gabriel Ojeda Padilla, y en 1980, el *Risorgimento*, con traducción y notas de Stella Mastrangelo. Hay que destacar que esos dos textos fundamentales del pensamiento gramsciano no estaban disponibles en lengua española antes de esa fecha.

partidaria del grupo promotor de nuevas interpretaciones; también, en palabras de Raúl Burgos «marcó el fin del pasaje de Gramsci por el Partido Comunista Argentino» (Burgos 2004, p. 59).

Juan Carlos Portantiero y José María Aricó fueron las referencias visibles del fracasado proceso de renovación ideológica del Partido Comunista Argentino y más tarde se constituyeron en actores distintivos para la elaboración teórica de la nueva izquierda. Portantiero, oriundo de la ciudad de Buenos Aires, se incorporó a las filas del Partido a través de su participación de la Casa de la Cultura durante el año 1953 y desarrolló sus actividades militantes bajo la responsabilidad orgánica de Agosti. Este vínculo tuvo un sustento vital en el interés común por las producciones culturales y fue lo que condujo a Agosti a añadir a Portantiero a la redacción de los «Cuadernos de Cultura. En 1963 se separó del partido a partir del conflicto entre la URSS y la China comunista inclinándose hacia el maoísmo⁵. Por su parte, Aricó, residente en la provincia de Córdoba, se vinculó a Agosti a partir de su incorporación a los «Cuadernos de Cultura» como colaborador y en la labor de traducción de *Quaderni del carcere* de Gramsci. De hecho, la primer publicación de las *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno* – acorde a la edición de *Quaderni del carcere* realizada por Palmiro Togliatti y Felice Platone – contó con un prólogo firmado por el propio Aricó. De acuerdo a la reconstrucción trazada por Burgos (2004), Aricó y Portantiero se conocieron personalmente recién en el año 1962 con motivo de la publicación del primer número de «Pasado y Presente», el único publicado con anuencia partidaria. Ello sugiere que la revista fue pensada como un dispositivo de la estrategia dirigida a renovar teórica e ideológicamente la tradición del comunismo argentino, desde el interior de su estructura. Así lo presentó el propio Aricó (1986):

⁵ Ese mismo año Portantiero fundó “Vanguardia Revolucionaria, formando parte de la experiencia del “Movimiento de Acción Revolucionaria”, un movimiento político-militar que seguía la labor guerrillera del Che Guevara en Cuba, buscaba dar apoyo propagandístico a un grupo que realizaba entrenamiento militar en Salta, al norte de Argentina. Sin embargo, el involucramiento de Portantiero en aquella empresa política se agotaría velozmente, produciéndose la ruptura con ese grupo en el año 1964.

Advertimos la importancia del papel que podría desempeñar una revista redactada por comunistas y no comunistas, colocada fuera de la discusión orgánica partidaria, que pudiera actuar sobre el partido como un centro de fermentos ideales, de debate o de crítica, posibilitando a las fuerzas renovadoras que creíamos existentes en su interior, la tarea de llevar adelante una reconstrucción teórica en condiciones más favorables (Aricó 1986, p. 24).

Sin dudas, en la revista «Pasado y Presente» existía una voluntad de intervenir, desde la juventud intelectual, en los debates teóricos y estratégicos del PCA. El estilo de la intervención apuntaba tanto a la búsqueda de nuevos horizontes teóricos divergentes del marxismo-leninismo oficial, como la cuestión acerca de la relación entre comunismo y masas en la Argentina.

El texto editorial del primer número de 1963 titulado *Pasado y Presente* y firmado por Aricó, es la primer señal de la filiación teórica e ideológica del grupo editorial con Antonio Gramsci. En el contexto de un balance y reflexión asociada a la necesidad de que «la insurgencia generacional» orientada a favorecer una «maduración revolucionaria», y ante el peligro de que las clases dominantes adquirieran actitudes transformistas, Aricó señalaba:

El transformismo conservador – tan habitual en nuestra historia – es siempre factible por la naturaleza del proceso que conduce al despegamiento de su clase de las nuevas capas de intelectuales provenientes de la burguesía. En su permanente aspiración a convertirse en los dirigentes de la sociedad y por ende de la clase que encarna el movimiento real de la negatividad histórica, se traduce “en forma inconsciente” el afán de realizar por su cuenta la hegemonía que su clase es incapaz de lograr. Pero en los momentos de crisis total de la sociedad tienden, como señala con agudeza Gramsci, a «volver al redil» (Aricó 1963, p. 3)⁶.

⁶ Gramsci considera al transformismo como «la absorción gradual, pero continua y obtenida con métodos diversos según su eficacia, de los elementos activos surgidos de los grupos aliados, e incluso de aquellos adversarios que parecían enemigos irreconciliables. En este sentido la dirección política ha devenido un aspecto de la función de dominio, en cuanto la asimilación de las elites de los grupos enemigos los decapita y aniquila por un período frecuentemente muy largo» (Gramsci 1999, p. 387). Es decir, como una de las formas históricas de la «revolución pasiva» y como «documento histórico real» de la verdadera naturaleza de los partidos que se presentaban como extremistas en el período de la acción militante, pero suelen virar hacia la burguesía en los momentos de reflujo (Gramsci 1984, p. 235).

Es interesante reconocer, en el uso que Aricó hizo de la categoría de transformismo, la preocupación que afectó al propio Gramsci en el proceso italiano. En él Gramsci reconoció a las generaciones como uno de los aspectos característicos de lo que denominó transformismo. De modo similar lo comprendió Aricó que, parafraseando a Gramsci (1975), refirió a la «lucha de generaciones» en los términos que el italiano había conceptualizado en estos términos:

La burguesía no logra educar a sus jóvenes [...] los jóvenes se dejan atraer culturalmente por los obreros y además se convierten [o tratan de convertirse] en sus jefes («inconsciente» deseo de realizar por sí mismos la hegemonía de su propia clase sobre el pueblo), pero en las crisis históricas vuelven al redil (Gramsci 1981, p. 111).

Aunque sin referencia explícita, en otros pasajes del artículo inaugural de «Pasado y Presente» Aricó (1963) empleó el acervo conceptual de Gramsci: el rol de los intelectuales o la noción de bloque histórico, a la que aludía para respaldar el planteo político de reconstruir las relaciones de fuerzas sociales a nivel nacional y referir, por ejemplo, a las «razones que impidieron la concreción de una voluntad colectiva nacional de tipo revolucionaria» (Aricó 1963, p. 4) en Argentina. Asimismo, la fuerte impronta italiana en las reflexiones que ejercían los jóvenes comunistas se observa en la cita a Togliatti, utilizada para emprender una crítica al rol de las vanguardias partidarias:

Las mismas vacilaciones o errores de la vanguardia de la clase no deben ser vistos solamente como expresiones de inadecuación ideal, incompreensión, incapacidad o cosa peor. También de aquellos – señala Palmiro Togliatti en un trabajo dedicado a este tema – «es preciso saber derivar la expresión de una situación particular, de un grupo de problemas aún no resueltos, de una exigencia no satisfecha a tiempo de la debida manera y que pesa sobre todos los desarrollos sucesivos». Pues, en caso contrario la objetividad científica, que debe estar en la base de toda política seria, corre peligro de ser sustituida por un subjetivismo fácil de deslizar hacia uno de los dos extremos en que más frecuentemente se incurre, cuales son la santificación de toda acción política pasada o su execración total. Esta falsa polaridad, este maniqueísmo absurdo, podrá ser eludido si se analiza el pasado a partir de las nuevas experiencias, si se valoran los éxitos o los fracasos de

la acción pasada ajustándose a un método rigurosamente autocrítico y plenamente historicista. Sólo una plena conciencia histórica del presente nos permite penetrar y superar el pasado a través de un conocimiento que será tanto más objetivo y científico cuanto más elevado sea el nivel cultural de la clase innovadora y más desarrollado su espíritu crítico, su sentido de las distinciones. «Se condena en bloque el pasado – dice Gramsci – cuando no se logra diferenciarse de él, o al menos cuando las diferenciaciones son de carácter secundario y se agotan por lo tanto en el entusiasmo declamatorio». Sería arriesgado afirmar que en el proletariado argentino, que aparece como la única fuerza social capaz de llevar hasta sus últimas consecuencias un amplio impulso de renovación nacional, los fenómenos de conciencia hayan arribado a su plena madurez revolucionaria (Aricó 1963, p. 5)⁷.

En el artículo Aricó subrayó la genuina preocupación de Gramsci por la práctica revolucionaria, la unidad entre política e historia y los errores en los que se podía incurrir si no se adecuan las reflexiones al análisis concreto de la situación concreta. En este sentido Aricó incorporó una reflexión de Gramsci incluida en el Cuaderno 10 sobre el historicismo de Benedetto Croce:

Se podrá observar que en el examen de la "estructura" los críticos aislados podrán equivocarse, declarando vital lo que está muerto o no es germen de nueva vida a desarrollar, pero el método mismo no puede ser refutado perentoriamente. Que existe posibilidad de error es admisible sin más, pero será error de críticos individuales (hombres políticos, estadistas), no error de método. Cada grupo social tiene una "tradición", un "pasado" y propone a éste como el único y total pasado. Aquel grupo que, comprendiendo y justificando todos estos "pasados", sepa identificar la línea de desarrollo real, y por ello contradictoria, pero en la contradicción capaz de superación, cometerá "menos errores", identificará más elementos "positivos" sobre los que apoyarse para crear nueva historia (Gramsci 1986, p. 228)⁸.

No obstante las diferencias conceptuales, resulta novedosa la proximidad de la reflexión de Aricó con las aseveraciones de Gramsci

⁷ La cita a Gramsci pertenece a Gramsci 1981, p. 62.

⁸ «La estructura es pasado real, precisamente porque es el testimonio, el “documento” incontrovertible de lo que se hizo y de lo que continúa subsistiendo como condición del presente y del porvenir» (Gramsci 1986, p. 228).

planteadas en la cita precedente. De modo evidente, la intención de esa asimilación teórica demostraba la inquietud política de Aricó por comprender el pasado con conciencia de los errores cometidos por las distintas generaciones, para forjar una interpretación de la realidad que condujese a la transformación de la historia argentina. Con contundencia escribía Aricó que:

Siempre existe la posibilidad del error: que se considere vital lo que no lo es, o que no se ubique con corrección un proceso de cambio que germina, y que de tal manera la acción política queda rezagada. Pero no se puede descargar sobre el método errores que provienen de un conocimiento insuficiente del contorno sobre el que actúa la fuerza renovadora, o de una concepción esquemática que pretende derivar los resultados no de la realidad sino del propio método. La relación método-aplicación práctica es lo suficientemente indirecta como para que ninguna fuerza social pretenda edificar una supuesta capacidad de previsión por la sola posesión de un método correcto, científico. Reconociendo que cada grupo social tiene un pasado al que considera como el único verdadero, se mostrará superior aquel grupo o aquella organización que sepa comprender y justificar críticamente todos esos “pasados” [...] Sólo así será la expresión viva del traspaso de la conciencia política a conciencia histórica [...] En esta unidad de la política e historia se expresa todo el humanismo marxista, la profunda validez de su empeño práctico (Aricó 1963, p. 6).

En los números siguientes de «Pasado y Presente» se observa una variedad teórica que ejemplifica la riqueza de la época en la circulación de las ideas: cartas, recensiones, notas e intercambios diversos entre la intelectualidad argentina y la europea. La revista no sólo atendía problemas de coyuntura de carácter local; al contrario, presentaba traducciones que provenían de otras regiones y tradiciones políticas que resultaban novedosas y hacían de «Pasado y Presente» un cuerpo editorial atractivo y ecléctico. Por ejemplo, en el número 2, de 1963 se publicó, en traducción de José Aricó, el texto de Eric Hobsbawm *Para el estudio de las clases subalternas*, un ensayo especialmente escrito para la revista marxista italiana «Società» (1960). Desde luego, la incorporación del artículo del historiador británico adicionó un elemento a valorar, en primer término, en relación a su origen: en la corta trayectoria de la revista, era el primer autor anglosajón que se incluía en el sumario, que no volvería a incluir a un autor británico hasta 1973, en la segunda

etapa de la publicación. Ello señala la relevancia de la traducción del escrito de Hobsbawm en cuyo análisis se evidenciaba no sólo el criterio histórico y el trasfondo teórico, sino que era visible el conocimiento de Gramsci, como lo refleja el propio título del artículo. Pero éste adquirió una central importancia por la información allí reunida desde una perspectiva marxista no dogmática que conciliaba la herencia empírica anglosajona con una estructura teórica que remitía tanto al autor de *Quaderni del carcere* como a la obra de Marx⁹.

Otra traducción incluida en el número 2-3 de 1963 fue el informe presentado por Palmiro Togliatti al Comité Central del Partido Comunista Italiano que publicó «l'Unità» en 1961 con el título *Es necesario proseguir la acción de renovación ideológica y política*. En la versión argentina, el artículo se denominó *Sobre el XXII Congreso del PCUS* y estaba precedido por una nota editorial introductoria, firmada por Aricó, que inauguraba *Mundo Contemporáneo*, una nueva sección de la revista «dedicada al examen de los grandes problemas de la hora actual y que de una y otra manera inciden sobre nuestra realidad, vale decir, será ante todo una sección profundamente política» (Aricó 1963, p. 195). En esa nota Aricó volvió a citar a Gramsci con dos usos que contribuían a justificar su posición política respecto al debate dentro del comunismo:

Una organización que sea capaz en los hechos y no solamente en la teoría, de plantearse así la cuestión, es una organización que se ha librado de todo fanatismo ideológico, de toda mistificación para colocarse en un punto de vista «crítico», que al decir de Gramsci, «es el único fecundo en la investigación científica» (Aricó 1963, p. 203).

⁹ «Ya en 1960 señalé que “una de las sugerencias más estimulantes de la obra de Antonio Gramsci es el llamamiento a prestar mayor atención de que la que en el pasado se prestó al estudio del mundo de las clases subalternas”», dijo Hobsbawm (2011, p. 347) en referencia al artículo escrito para «Società», traducido en «Pasado y Presente». Asimismo, en su autobiografía, el británico señaló: «Al cabo de pocos años de mi visita [a Italia] me encontré trabajando en la sombra de la dirección del PCI como patrocinador oficial del Congreso de Estudios de Gramsci – siendo además el único británico presente en él – celebrado en enero de 1958, que supuso la ocasión del primer reconocimiento formal de los teóricos comunistas italianos por parte de los guardianes de la ortodoxia ideológica de Moscú» (Hobsbawm 2003, p. 321).

La reflexión de Gramsci que Aricó introdujo en su escrito se enmarca en las discusiones esbozadas en torno al marxismo y el problema del método. La dialéctica, enfrentada a la especulación metafísica, aparecía como el modo válido de proseguir la tradición marxista, de la filosofía de la praxis, como la llamaba Gramsci, quien en *Quaderni del carcere* había afirmado que:

Para la filosofía de la praxis el mismo método especulativo no es simple futilidad sino que ha sido fecundo de valores «instrumentales» del pensamiento que la filosofía de la praxis a la vez incorporó. En la discusión científica [...] resulta más avanzado el que se sitúa en el punto de vista de que el adversario puede estar expresando una exigencia que hay que incorporar, aunque sea como momento subordinado, a la construcción propia. Comprender y valorar con realismo las posiciones del adversario significa precisamente haberse librado de la prisión de las ideologías (en sentido peyorativo, de ciego fanatismo ideológico), o sea, situarse en un punto de vista «crítico», que es el único fecundo en la investigación científica (Gramsci 1986, p. 116).

En la lectura del enunciado completo formulado por Gramsci, al que Aricó reseñó con una paráfrasis, es apreciable la fuerza de las aseveraciones políticas de Aricó en torno al modo en que debían comenzar a actuar las nuevas generaciones comunistas, luego de los quiebres que supuso el XXII Congreso del PCUS. Con ese planteo como marco y tras avalar la afirmación de Isaac Deustcher de que «el PCI da la impresión de ser uno de los partidos comunistas más profunda y sinceramente empeñado en el proceso de destalinización»¹⁰, Aricó concluyó su escrito introductorio con una nueva mención a Gramsci:

Creemos que con esa actitud hacen honor a la memoria de uno de sus fundadores y uno de los mayores teóricos marxistas de este siglo, Antonio Gramsci, muerto precisamente por su devoción a la causa revolucionaria y la

¹⁰ Las palabras pertenecen a una intervención de Isaac Deutscher en la mesa redonda sobre el XXII congreso del PCUS organizada por el semanario italiano «L'Espresso», de diciembre de 1961. El escritor, historiador y militante comunista polaco es reconocido por sus biografías de Trotsky y Stalin.

verdad. Pero creemos, además, que es un ejemplo que debe ser imitado (Aricó 1963, p. 204).

A diferencia de otras evocaciones a Gramsci, en la cita precedente Aricó apeló a un sentido místico e icónico del italiano, recuperando aquello que más arriba se mencionó en relación a la forma que el comunismo argentino, especialmente la juventud del PCA, pretendía validar de la figura de Gramsci: la del mártir, la de su entrega a la causa revolucionaria. Entonces no sólo se reivindicaba un conjunto de premisas teóricas que vendrían a renovar políticamente el comunismo argentino o que abrían, al menos, la oportunidad para romper las orientaciones esclerotizadas y dogmáticas de la dirección partidaria. Además se planteaba una afinidad con un modo de vida y de militancia del que Gramsci era un arquetipo a replicar por parte de las nuevas generaciones para crear una nueva cultura y un nuevo tipo de sociedad en Argentina. Es que el espíritu de época estaba signado por otros elementos, en particular por el clima de radicalización que había traído la revolución cubana. En ese contexto las premisas voluntaristas de Gramsci se amalgamaban con el voluntarismo guevarista y otras vertientes – en particular, el maoísmo – para formar un entramado ideológico, al que Portantiero, años más tarde, calificó como un «cóctel de ideologías» (Tortti y Chama 2006, p. 242)¹¹.

Vale señalar que el último artículo del año 1963, al que el colectivo editorial tituló *Nota de la redacción*, debe ser comprendido como corolario del devenir aquí esbozado en relación a las lecturas e interpretaciones de Gramsci, el marxismo y el comunismo internacional. El texto se concibió como una defensa del marxismo abierto, crítico, no dogmático. Era una respuesta a las acusaciones

¹¹ Después de romper con el PCA, se tejó un vínculo con el “Ejército Guerrillero del Pueblo” (EGP), experiencia foquista encabezada por el periodista argentino Jorge Ricardo Masetti e instalada en la región de Orán, provincia de Salta, en el noroeste argentino. Bajo el influjo directo de Ernesto Guevara, el EGP sería la primera guerrilla de corte marxista en Argentina. El contacto del grupo con la misma fue a través de un conocido de Oscar del Barco, y si bien no se desarrolla un lazo orgánico, el grupo se compromete a contribuir formando redes de apoyo urbano. Asimismo existen registros de reuniones entre militantes del EGP y «Pasado y Presente», lo que permite visualizar que no se trató de encuentros ocasionales (Burgos 2005).

vertidas contra «Pasado y Presente» por Rodolfo Ghioldi, el máximo dirigente, en el n. 6 de la revista del partido «Nueva Era».

El grupo editorial de «Pasado y Presente» había sido expulsado del Partido Comunista Argentino. Las acusaciones hacia los jóvenes comunistas miembros de la revista explicitaron la discordancia teórica, pero fundamentalmente política, por parte de la dirigencia del PCA acerca de los atisbos de crítica y disidencia que encarnaba la revista respecto a la visión oficial del partido. Gramsci pero sin lugar a dudas también todo el conjunto de autores y pensadores citados, traducidos y leídos en «Pasado y Presente» provenientes de distintos ámbitos, como la fenomenología de Husserl, el psicoanálisis, Claude Lévi-Strauss y el estructuralismo, la larga duración y la historiografía de Braudel. Ellos se encontraban en el foco del cuestionamiento que tildaba de revisionistas, «anti marxistas y anticomunistas» a los editores de «Pasado y Presente». Como se anticipó, el gramscismo de la revista desvió al propio Gramsci de su derrotero por el Partido Comunista Argentino.

El disparador de la ruptura – o, desde el punto de vista partidario, la expulsión – fue la publicación del artículo de Oscar del Barco *Notas sobre Antonio Gramsci y el problema de la objetividad* en 1962. El texto aparecido en el número 59 de los «Cuadernos de Cultura» reflejaba, a pesar de su autoría individual, una postura conjunta del grupo de Córdoba dirigida a tensar las fronteras del debate interno del Partido, tomando como punta de lanza la crítica ideológica. En el artículo del Barco recuperaba la afrenta gramsciana al libro de Bujarin *La teoría del materialismo histórico. Manual popular de sociología marxista*, señalando que el universo objetivo no puede existir independientemente del devenir de la actividad humana. En los términos de Gramsci:

El concepto de «objetivo» del materialismo metafísico parece significar una objetividad que existe fuera del hombre; pero cuando se afirma que una realidad existiría aún si no existiese el hombre, se hace una metáfora o se cae en una forma de misticismo. Conocemos la realidad sólo en relación al hombre, y como el hombre es devenir histórico, también el conocimiento y la realidad son un devenir, también la objetividad es un devenir, etc. (Gramsci 1986, p. 277).

La alusión de Oscar del Barco a esta formulación no podía ser recibida auspiciosamente por la dirección partidaria. La polémica continuó con la publicación de la respuesta de un miembro del Comité de Estudios Filosóficos del PC, Raúl Olivieri, en la que reafirmaba la postura oficial del Partido. Tras otro artículo de Oscar del Barco (1963) dirigido a criticar la teoría del reflejo concentrada en *Materialismo y empiriocriticismo* de Lenin, la polémica comenzará a cerrarse con la publicación de *Crítica a la crítica revisionista* en los «Cuadernos de Cultura», que clausuraría su argumentación convocando a del Barco a efectuar una «autocrítica militante» con el objetivo de «aumentar la unidad ideológica del Partido» (Burgos 2004, p. 59)¹².

¿Cuál es la principal acusación lanzada contra «Pasado y Presente»? Nuestro revisionismo. Rodolfo Ghioldi nos critica porque en nuestra presentación no hemos citado a Lenin ni una sola vez. Agosti nos recrimina que hayamos «extendido al leninismo su partida de defunción reemplazándolo con las maneras más untuosas de la coexistencia pacífica en el terreno de la ideología». Y todo porque hemos adoptado en «Pasado y Presente» el espíritu crítico, el análisis desprejuiciado («desinteresado» en sentido gramsciano de la realidad, la sustitución del pensamiento dogmático por una visión creadora de la praxis revolucionaria (Aricó 1964, p. 246).

Con el interrogante previamente citado inició Aricó el número 4 de la revista, en el año 1964. *Examen de conciencia* se tituló el artículo que celebraba el aniversario de la revista; al mismo tiempo planteaba una reflexión autocrítica pero también polémica en torno al itinerario del grupo a cargo de ella. Allí Aricó realizó una exégesis del marxismo leninismo, en clave político filosófica, y de las lecturas que impulsaba el grupo. En la polémica en torno a la universalidad del leninismo, el autor mencionó a Gramsci:

¹² En el número 66 (1964) «Cuadernos de Cultura» publicó una edición dirigida especialmente a la crítica de «Pasado y Presente». Entre otros artículos, el de Barceló expresaba: «Para ellos, les repetiremos la vieja fórmula de que el camino del marxismo y la revolución pasa, exclusivamente, por el partido leninista, que solamente es en ese Partido donde la rebeldía puede convertirse en transformación revolucionaria del mundo, y que dejen la iracundia y el desencantamiento fácil para los que ofician en actividades más privadas y domésticas» (García Barceló 1964, p. 12).

En una de sus notas Gramsci demuestra cómo la «universalidad» de una verdad teórica reside precisamente en esa «incorporación» a la realidad concreta, y no «en su coherencia lógica y formal o en ser instrumento polémico útil para confundir al adversario». «En suma – afirma – debe regir siempre el principio de que las ideas no nacen de otras ideas, que las filosofías no son generadas por otros filósofos, sino que son expresión siempre renovada del desarrollo histórico real. La unidad de la historia, lo que los idealistas llaman unidad del espíritu, no es un presupuesto, sino una continua realización progresiva. Igualdad de realidad efectiva determina identidad de pensamiento y no viceversa» (Aricó 1964, p. 247)¹³.

En el escrito Aricó dejó bosquejadas las controversias de la época y los desafíos que la nueva izquierda debía afrontar. Al igual que en otras ocasiones, la evocación a Gramsci funcionaba como una operación que permitía justificar un modo de pensar y de concebir la praxis política. Entre el balance de la acumulación organizativa, social y política del pos-peronismo, el rol de la clase obrera y las alianzas de clases aparecía la necesidad de instaurar un bloque histórico en el que los intelectuales debían cumplir un papel fundamental. Sin dudas era una inquietud que afectaba de modo directo al grupo editor de «Pasado y Presente» y que generaba una interpelación al conjunto de las experiencias de izquierdas de la Argentina: el desafío de la hora consistía en hacer realidad la defensa de los postulados gramscianos en la generación de la que Aricó era la principal expresión. En este sentido citó a Gramsci:

Como afirma con agudeza Gramsci, «la experiencia de muchos países [...] ha demostrado que si los campesinos se mueven por impulsos “espontáneos” los intelectuales comienzan a oscilar, y, recíprocamente, si un grupo de intelectuales se coloca sobre una nueva base de política filocampesina concreta, ella concluye por arrastrar consigo a fracciones de masa cada vez más importante. Se puede afirmar, sin embargo, que dada la dispersión y el aislamiento de la población rural y de las dificultades para concentrarla en sólidas organizaciones, conviene iniciar el movimiento por los grupos intelectuales» (Aricó 1964, p. 263)¹⁴.

¹³ Gramsci 1986, p. 45.

¹⁴ Gramsci 1963, p. 22.

El contexto argentino se encontraba marcado por signos de crisis económica fruto del agotamiento del modelo de sustitución de importaciones y de la devaluación aplicada por el gobierno de Guido, que redujo considerablemente el poder adquisitivo del salario. En 1963 las centrales sindicales habían desarrollado una semana de protestas contra las políticas económicas con una huelga de veinticuatro horas que se convirtió en hecho político más impactante del año. En 1964 la CGT llevó adelante la segunda semana de protesta con el propósito de ejercer presión sobre el gobierno de Illia: se realizó una propagada toma de fábricas y la clase trabajadora argentina logró paralizar toda la producción industrial¹⁵.

Este era el escenario sobre el que la revista «Pasado y Presente» reflexionaba e intervenía. El interés de Aricó y de su generación se ligaba a un tópico transversal de la historia del pensamiento marxista y de izquierdas: la conciencia de clase. Desde Marx, Lenin, Lukács, Gramsci y Poulantzas fueron numerosas las pesquisas y formulaciones teórico-filosóficas en torno al problema de la conciencia y sus condiciones de realización en las sociedades capitalistas. Los elementos de crisis y de conflictividad obrera llevaron a Aricó a interrogarse sobre la «formación de una plena conciencia de clase» (Aricó 1964, p. 260) para la creación del bloque histórico en Argentina. Gramsci volvía a indicar el camino una vez más:

No sólo deben ser superadas las distinciones existentes entre profesión y profesión. Para conquistarse la confianza y el consenso de los campesinos y de algunas categorías semiproletarias de la ciudad, es preciso superar también algunos prejuicios y vencer ciertos egoísmos que pueda subsistir en la clase obrera como tal aunque en su seno hayan desaparecido los particularismos profesionales. El metalúrgico, el campesino, el albañil, no solamente deben pensar como proletarios y no ya como metalúrgicos, carpinteros o albañiles. Deben dar un paso adelante. Deben pensar como obreros miembros de una clase que puede vencer y construir el socialismo sólo si ayudada y seguida por la gran mayoría de los estratos sociales (Gramsci 1963, p. 59).

¹⁵ Como Daniel James señaló: «Cuidadosamente planificadas y ejecutadas bajo el firme control del aparato sindical, las ocupaciones constituyeron una enorme demostración de organización y disciplina. El plan se cumplió durante cinco semanas y, según la CGT, fueron ocupadas más de 11.000 plantas con intervención de más de 3.900.000 obreros» (James 1998, p. 224).

De este modo el artículo de Aricó se convirtió en un texto de referencia del momento, en tanto conjugaba las tareas planteadas para el conjunto de la nueva izquierda y proponía una reflexión en torno a lo actuado por el grupo editor de la revista, en un marco de intervención signado por la crítica partidaria y por el problema de la articulación entre las formaciones de izquierda, clase obrera y masas. Sin embargo el aspecto que destaca de *Examen de conciencia* es la búsqueda de su autor por aglutinar la lucha obrera con la campesina en un proyecto político de superación que incorporase a los campesinos del noroeste argentino, «el eslabón más débil de la corriente de dominación burguesa» (Aricó 1964, p. 262). Según sintetizaba Aricó: «En nuestra opinión, el postulado leninista de la alianza obrero-campesina, se traduce en las condiciones nacionales en la unidad del proletariado urbano y rural con las masas campesinas y semiproletarias del “Hinterland” colonial» (Aricó 1964, pp. 261-262).

En 1965 se cerró la primera etapa de «Pasado y Presente». En una mirada general, la primera etapa de la revista comprendida entre 1963 y 1965 ponía de relieve un eclecticismo que oscilaba entre modernización cultural y transformación política. Adicionalmente, en tanto espacio intelectual y cultural, «Pasado y Presente» acompañó las dinámicas y decisiones políticas que el grupo iba tomando: la relación con el Ejército Guerrillero del Pueblo apareció acompañada por textos sobre «dualismo» en la estructura social argentina, mientras que las reflexiones de Debray sobre las revoluciones invitaban a problematizar la posibilidad de una transformación social y política en la Argentina por la vía armada. Los artículos del número nueve, en diversos sentidos asociables a la etapa consejista de Gramsci, coincidían con los vínculos estrechos que se tejían con los conflictos de la fábrica FIAT en Córdoba¹⁶. Se configuró, de ese modo, un tipo de intervención marxista que caracterizó a toda la revista «Pasado y Presente»: la recuperación de debates – históricos o actuales – para componer heterogéneas propuestas de lectura que contribuyeran a atender

¹⁶ Son elocuentes los términos con los que Aricó (2005, p. 91) resumía el contenido de este número que reunía «la encuesta obrera de Marx junto a Lacan, Prebisch y Cortázar [...]».

cuestiones contemporáneas. Así, Gramsci funcionaba como operador conceptual y clave de interpretación. El comunista italiano brindaba un punto de apoyo para incursionar y poner en relación las más disímiles construcciones teóricas sin perder la confianza en la capacidad crítica del marxismo.

Asimismo, es posible afirmar que si bien la cultura italiana fue el factor cultural a partir del cual los jóvenes comunistas colocaban su disputa en términos intelectuales, en el terreno político, la revolución cubana y el peronismo fueron los acontecimientos que pusieron en cuestión tanto las lecturas como las estrategias que debía seguir, en un primer momento, el partido, y luego, el colectivo editorial reunido en «Pasado y Presente». Es posible pensar, entonces, que una de las razones por las que Gramsci gravitó en las reflexiones volcadas en la primera etapa de la revista radica en la constante inquietud por articular la dimensión cultural e intelectual, desde una perspectiva nacional-popular. Ella funcionaba como motor fundamental para la construcción de un nuevo orden social y político en un escenario en el que las fuerzas conservadoras y autoritarias comenzaban a tomar cada vez más cuerpo en Argentina, proceso que culminaría con el golpe militar de junio de 1966.

4. 1973: nueva época de “Pasado y Presente” y reflexiones ante la dictadura

El primer número de la segunda etapa de la revista (abril-septiembre 1973) es en el que más se adoptan los postulados gramscianos. Centrados en el problema de la revolución socialista en Argentina, tenía tres artículos centrales: un largo y denso editorial, un análisis de las relaciones entre fuerzas sociales que Juan Carlos Portantiero realizó desde la perspectiva gramsciana, y un texto de José Aricó, *Esponaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci*, introduciendo una serie de textos de Gramsci en torno al problema que «Pasado y Presente» visualizaba como central en aquella etapa: la relación entre movimiento social y dirección política en el proceso revolucionario que se consideraba en curso.

En la nota *La crisis de julio y sus consecuencias políticas*, Portantiero otorgó a la noción de hegemonía un rol fundamental, asociándolo a las tareas que demandaba entonces la revolución:

La revolución es hoy un extenso y complicado proceso de cuestionamiento de todas las instituciones, en el que se van conformando, sucesivamente, nuevas instituciones; es el crecimiento en el interior de la sociedad capitalista de un contrapoder de masas que se expresa como un movimiento multifacético, que rechaza en sus raíces la organización productiva del capitalismo y la división social del trabajo sobre la que se basa, un movimiento que no desea simplemente conquistar la mejor solución con la permanencia del sistema, sino que a partir de las exigencias de cada grupo concreto, tiende a cuestionar al sistema mismo, creando de ese modo un estado de crisis social que se expande junto con la expansión del movimiento (Pasado y Presente 1973, p. 196).

El concepto de hegemonía permitía a Portantiero sostener la tesis según la cual las vanguardias revolucionarias son un momento determinado, y no determinante, del proceso revolucionario. Es decir, frente a la jerarquización que suponía la teoría del partido revolucionario desde la perspectiva leninista, la noción de hegemonía permitía concebir un vínculo orgánico entre clases e individuos.

Años más tarde, ya en el exilio, Portantiero publicó *Los usos de Gramsci* (1977). El elemento distintivo de este libro es la hipótesis que plantea que en las sociedades como las sudamericanas la «guerra de posición» debía asumir modalidades específicas en tanto se trata de formaciones que responden a lo que Gramsci conceptualizó como «el otro Occidente», esto es, sociedades que suponen una articulación entre política y sociedad que no se expresa de igual modo que en Occidente clásico, en donde se verificaría una relación orgánica entre Estado y sociedad. Se trata, entonces, de asumir que las sociedades latinoamericanas comparten una articulación inorgánica entre Estado y sociedad, donde el desarrollo de la sociedad está sobredeterminado por la configuración estatal. En términos de Portantiero:

Gramsci permite pensar en otro tipo de situación «occidental», aquella en la que, a diferencia de «Oriente», puede hablarse de formas desarrolladas de articulación orgánica de los intereses de clase que rodean, como un anillo institucional, al estado, pero en la cual la sociedad civil así conformada, aunque

compleja, está desarticulada como sistema de representación, por lo que la sociedad política mantiene frente a ella una capacidad de iniciativa mucho mayor que en el modelo clásico. Sociedades, en fin, en las que la política tiene una influencia enorme en la configuración de los conflictos, modelando de algún modo a la sociedad, en un movimiento que puede esquematizarse como inverso al del caso anterior. Aquí, la relación economía, estructura de clases, política, no es lineal sino discontinua (Portantiero 1977, p. 125).

En este punto es imprescindible mencionar la interpretación de la estrategia gramsciana que Portantiero realizó en su libro más conocido. Allí, la concepción gramsciana de la revolución es abordada como la elaboración de estrategia política más consecuente que, luego de las disputas en el occidente europeo, se comenzaron a elaborar en el III y IV Congreso de la Internacional Comunista. Después de la muerte de Lenin en 1924 esa nueva visión que se pensaba necesaria para la nueva etapa fue abandonada por la Internacional pero no por Gramsci: «toda la obra de Gramsci, desde entonces hasta el momento de su muerte, ha de estar fijada a esa matriz» (Portantiero 1977, p. 75).

Por tanto las reflexiones de Gramsci brindan, según Portantiero, el diseño de una «estrategia no reformista ni insurreccionalista de la conquista del poder» (Portantiero 1977, p. 74), es decir, implican la posibilidad de pensar una «modificación de los instrumentos clásicos de la acción política» (Portantiero 1977, pp. 18-20). Esta nueva comprensión de la transformación social, contiene, sin duda, una crítica a la comprensión instrumentalista del poder, y da como resultado una concepción de la revolución como un proceso complejo de construcción de nuevas relaciones sociales. Según Portantiero, en suma, hegemonía es «aquella capacidad para unificar la voluntad disgregada por el capitalismo de las clases subalternas, que implica una tarea organizativa capaz de articular diversos niveles de conciencia y orientarlos hacia un mismo fin» (Portantiero 1977, p. 30).

De este modo Gramsci ofrecía a Portantiero un modo de pensar la formación de la clase obrera, expresada políticamente en el concepto de hegemonía y en aquello que Portantiero denominó «modelo de articulación organizativa» o «articulación orgánica» de las clases subalternas, condensadas en la categoría gramsciana de bloque histórico.

En los años ochenta, en la revista «Controversia» se lee una oscilación en la noción de hegemonía empleada por Portantiero, en este caso asociada a la de democracia. Si en *Los usos de Gramsci* la tensión se manifestaba entre la forma hegemónica que identificaba lo nacional con lo estatal y la que asociaba lo nacional a lo popular, en el artículo *Lo nacional popular y los populismos realmente existentes*, escrito junto a Emilio de Ípola, se observa el desplazamiento de la tensión al seno mismo de la hegemonía nacional popular, donde a su vez se pueden conceptualizar dos tipos bien diferenciados de hegemonía organicista y hegemonía pluralista. Para los autores, la oposición entre ambos modos de comprender la hegemonía revestía importancia decisiva para pensar las relaciones entre democracia y socialismo.

Nuestra convicción es que la fuerte presencia de una concepción organicista de la hegemonía caracteriza a los populismos reales – como también, por cierto, a los socialismos pero que en el caso de los populismos se trata de una relación congruente entre modelo ideológico y realidad que no puede ser, ni aún teóricamente, pensada como una “desviación”. Y que esa concepción organicista encuentra su complemento lógico en la mitologización de un “jefe” que personifica a la comunidad. Un populismo triunfante “laico” es impensable. Es esta concepción organicista, que podría rastrearse en todos los populismos realmente existentes, la que hace que los antagonismos populares contra la opresión en ella insertos se desvíen perversamente hacia una recomposición del principio nacional-estatal que organiza desde arriba a la comunidad, enalteciendo la semejanza sobre la diferencia, la unanimidad sobre el disenso (Portantiero y De Ípola 1981, p. 4).

5. *¿El diablo que metió la cola? A propósito de José Aricó*

En *La cola del diablo* (2005) Aricó desarrolló la relevancia que tuvo el concepto de hegemonía en el debate latinoamericano. Es un concepto clave que Aricó encontró en Gramsci, fundamento de una teoría marxista de la política, especialmente eficaz para pensar América Latina. Según Aricó, el problema de la hegemonía emerge sin dudas de la derrota. Y es en este sentido que Gramsci se vio obligado a preguntarse por la complejidad de las superestructuras examinando las dificultades que encontró el impulso del octubre ruso para devenir

revolución en Europa occidental. Así expresó Aricó: «Para Gramsci el problema básico de la revolución es cómo lograr que una clase subalterna sea capaz de ejercer la hegemonía, convencida [...] de ser una potencial clase dominante, y capaz de convencer al resto de las clases» (Aricó 2011, p. 265).

El concepto de hegemonía expone una política que articula distintos modos concretos de intervención de los sectores subalternos. Se puede decir que es en el terreno de la lucha de clases donde cobra fuerza la constitución del bloque histórico de las clases subalternas. A Gramsci el estudio de la historia de Italia le permitió comprender que la dominación excedía la dimensión coercitiva e incorporó la cuestión del consenso activo de las clases subalternas. En este sentido Aricó expuso que:

La concepción de la hegemonía en Gramsci es, por sobre todas las cosas desde el punto de vista del proletariado, una concepción de la democracia y de la forma de Estado en el proceso de transición. [...] La guerra de posición no suprime el momento de la ruptura, pero lo subordina a la posibilidad del asalto, a la propia guerra de posición como un momento táctico [...] de la estrategia general. La hegemonía aparece como la forma política de la transición puesto que no consiste simplemente en acumular más fuerzas para preparar el asalto final, según los esquemas clásicos (Aricó 2011, pp. 271-272).

En sentido gramsciano, esa transformación contribuye los individuos a “devenir Estado”:

En el concepto gramsciano de hegemonía, aquello que [...] lo transforma en un punto de ruptura de toda la elaboración marxista que lo precedió, es que se postula como una superación de la noción de alianza de clase que privilegia la constitución de sujetos sociales a través de la absorción y desplazamiento de posiciones que Gramsci define como «económico-corporativas» y por tanto incapaces de devenir Estado. Así entendida, la hegemonía es un proceso de constitución de los propios agentes sociales en un proceso de devenir Estado, o sea, fuerza hegemónica (Aricó 1985, p. 14).

Esta aseveración contribuyó, desde el punto de vista de Aricó, a dejar de lado la concepción instrumentalista del Estado en el marxismo

y concebirlo como un complejo sistema de dominación social y no como máquina o mero aparato de opresión.

Durante el exilio que muchos de los intelectuales debieron afrontar por la implantación de la dictadura militar en 1976, el lenguaje de Gramsci empezará a valorarse a través de la influencia del eurocomunismo y la valoración de la democracia. Esas relecturas se observan en «Controversia», entre 1979 y 1981. Las páginas hablaban de la transición democrática desde el punto de vista de la construcción hegemónica. *Los usos de Gramsci* (1977) fue una pieza clave de aquella época de reflexión política. Por su parte en *La cola del diablo* Aricó exploró en la noción de democracia una entrada de apertura a pensar la Argentina post dictadura. De cualquier modo, con la utilización de la noción de democracia se percibe en Aricó una búsqueda de actualización o traducción de aquello que comprendía el concepto de hegemonía, en un nuevo concepto nacional y latinoamericano.

Por ejemplo, en su libro Aricó profundizaba sus intuiciones:

¿Se puede imaginar una democratización radical de la sociedad si no se incorpora de algún modo la hipótesis-límite de otra sociedad en la que se vuelva innecesaria la existencia de gobernantes y gobernados? Es cierto que la crisis ideal del socialismo evidencia el límite de una concepción de la hegemonía que sólo la ve como capacidad de la dirección política de unificar en el terreno de los fines los efectos dispersivos de la complejización del poder, de la sociedad, de los sujetos; en definitiva de la política *tout court*. ¿Pero cesa con su ocaso la necesidad de una dirección de la sociedad y el consiguiente problema de quiénes son los que en los hechos ejercen tales funciones y de qué modo específico lo hacen? (Aricó 2005, p. 27).

A la luz de estas reflexiones, en las que las palabras políticas son puestas en tensión en la búsqueda de un nuevo orden, es evidente que el ejercicio de traducción del pensamiento gramsciano en Argentina y América Latina no fue sencillo, porque lo que primaba era la política. La complejidad de la hegemonía permite pensar entonces el poder desde una relación asimétrica, la fuerza y el consenso son un par indisoluble.

Con Hobsbawm (2011) es posible afirmar que «no podemos predecir la suerte que el futuro deparará a sus obras. No obstante, [la] permanencia [de Gramsci] es ya lo bastante palmaria y justifica el

estudio histórico de su recepción internacional» (Hobsbawm 2011, p. 344). Aquello que buscaron los gramscianos argentinos, con Gramsci, fue contribuir a pensar la hegemonía como modo constitutivo de la política; a comprender, en su primacía, la posibilidad para los grupos subalternos de forjar un horizonte de un nuevo orden.

Bibliografía

Agosti H. 1953, *Noticias sobre Gramsci*, «Cuadernos de Cultura», n. 9-10, pp. 38-59.

Agosti H. 1986, *Prólogo*, en A. Gramsci, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, México D.F., Juan Pablos.

Aricó J. 1962, *Prólogo*, en A. Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo, la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Lautaro.

_____ 1964, *Examen de conciencia*, «Pasado y Presente», 1, n. 4, pp. 241-265.

_____ 1973, *Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci*, «Pasado y Presente», N.S., n. 1, pp. 87-101.

_____ 1985, *Prólogo*, en J. Labastida (comp.), *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina*, México D. F., Siglo XXI.

Aricó J. 1987, *Los gramscianos argentinos*, «Punto de Vista», n. 29, pp. 1-10.

_____ 1999, *Entrevistas 1974-1991*, a cargo de H. Crespo, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba.

_____ 2005, *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Burgos R. 2005, *Los gramscianos argentinos*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Del Barco O. 1962, *Notas sobre Antonio Gramsci y el problema de la objetividad*, «Cuadernos de Cultura», n. 59, pp. 29-41.

Del Barco O. 1963, *Respuesta a una crítica dogmática*, «Cuadernos de Cultura», n. 63, pp. 34-57.

Francioni G. 1984, *L'officina gramsciana. Ipotesi sulla struttura dei "Quaderni del carcere"*, Napoli, Bibliopolis.

García Barceló, A. 1964, *El marxismo leninismo y la denominada "totalización" del marxismo*, «Cuadernos de Cultura», n. 66.

Gramsci A. 1963, *Antologia degli scritti*, a cura di C. Salinari e M. Spinella, Roma, Editori Riuniti.

Gramsci A. 1981, *Cuadernos de la cárcel*, edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de V. Gerratana, trad. de A. M. Palos (revisada por J. L. González), tomo 2, México D. F., Ediciones ERA.

Gramsci A. 1984, *Cuadernos de la cárcel*, edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de V. Gerratana, trad. de A. M. Palos (revisada por J. L. González), tomo 3, México D. F., Ediciones ERA.

Gramsci A. 1999, *Cuadernos de la cárcel*, edición crítica del Instituto Gramsci a cargo de V. Gerratana, trad. de A. M. Palos (revisada por J. L. González), tomo 5, México D. F., Ediciones ERA.

Hobsbawn E. J. 2003, *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, trad. español J. Rabasseda-Gascón, Barcelona, Crítica.

_____ 2011, *Cómo cambiar el mundo*, trad. esp. S. Furió, Barcelona, Crítica.

James D. 1990, *Resistencia e integración: El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Sudamericana.

Liguori G. 2006, *Sentieri gramsciani*, Roma, Carocci.

_____ 2012, *Gramsci conteso. Interpretazioni, dibattiti e polemiche 1922-2012*, Roma, Editori Riuniti.

Pasado y Presente 1973, *La crisis de julio y sus consecuencias políticas*, «Pasado y Presente», n. 2-3, pp. 179-203.

Petra A. 2010, *El momento peninsular. La cultura italiana de posguerra y los intelectuales comunistas argentinos*, «IZQUIERDAS», n. 8, p. 3.

Portantiero J. C. 1977, *Los usos de Gramsci*, México D. F., Folios.

Portantiero J. C., De Ípola E. 1981, *Lo nacional popular y los populismos realmente existentes*, «Nueva Sociedad», n. 54, pp. 7-18.

Tarcus H. 2007, *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Tortti M. C., Chama M. 2006, *Los nudos político-intelectuales de una trayectoria. Entrevista a Juan Carlos Portantiero*. «Cuestiones de Sociología. Revista de Estudios Sociales», n. 3. pp. 232-254.